

ECOSOCIALISMO-ECOFEMINISMO

Ariel Salleh

Desde el principio esta revista ha tratado del «ecofeminismo», pero el uso del término ha llevado a conceptos erróneos que deben ser aclarados. Aunque a cierto nivel de abstracción el ecofeminismo es paralelo al ecosocialismo, también es su complementario, mientras que una formulación coherente del ecosocialismo debe incluir un análisis ecofeminista.

Para empezar, el ecofeminismo es un acontecimiento político de hace unos 15 años. Su historia incluye iniciativas internacionales de mujeres sobre armas nucleares, pesticidas, ingeniería genética, conservación del agua y de los bosques, aditivos cancerígenos en los alimentos, por nombrar sólo algunas intervenciones. Tiene en su literatura unas dos docenas de libros, y unos doscientos o más artículos¹. Las teorías ecofeministas tratan distintos campos, desde la historia de la ciencia a la crítica epistemológica, desde la ética ecológica a la crítica a la economía burguesa, desde la teoría marxista a las políticas verdes². Como señaló Lori Ann Thrupp (en el primer número de *Ecología Política*), los diversos paradigmas del pensamiento feminista contemporáneo encuen-

tran una nueva síntesis en el ecofeminismo. Su tema central es nuestra crisis global. Las escritoras ecofeministas aprovechan de distinto modo la tradición feminista, algunas insisten en el sentido radical de la «diferencia», otras surgen del feminismo socialista, y hay otras³. Hay variaciones en los paradigmas del ecofeminismo pero también las hay en el incipiente ecosocialismo que aparece en *Capitalism, Nature, Socialism*. Además el ecofeminismo es un fenómeno internacional, con variaciones típicas según la zona. La orientación espiritualista del ecofeminismo de la costa oeste de los Estados Unidos es distinta del enfoque socialista de Europa y Australia.

Así, vamos a considerar conceptos erróneos sobre el ecofeminismo. A veces el ecofeminismo se supone que atribuye «destinos biológicos» a lo «femenino» y a lo «masculino». Sin embargo, es difícil imaginar que ninguna feminista con conocimiento del marxismo, el psicoanálisis y el pos-estructuralismo, pueda incurrir en el biologicismo. De hecho, que el género es una construcción social y no biológica, es el primer escalón en el pensamiento feminista, así co-

¹ El primer seminario de ecofeminismo fue organizado por Ynestra King en el Institute for Social Ecology; pero algunas universidades tienen ahora tales seminarios. En la Universidad de Chicago, 27 graduadas (desde Teología hasta Política pública) siguieron un curso con la autora en 1989. Este se ofrece en la Universidad de New South Wales, Australia, desde 1984.

² Libros representativos de las ecofeministas son Ro-

semary Ruether, *New Woman, New Earth* (NY: Dove, 1975), Leonie Caldecott y Stephanie Leland, eds., *Reclaim the Earth* (Londres: Women's Press, 1983), Vandana Shiva, *Staying Alive* (Londres: Zed, 1989).

³ Lori Ann Thrupp, «The Struggle for Nature: Replies», *CNS*, 3, noviembre, 1989, en cast. en *Ecología Política*, 1, 1990.

mo la determinación por el modo de producción es un a priori para los socialistas. Las ecofeministas nos hablan de los términos «masculino» y «femenino» como categorías culturales universales, o al menos de uso común. Pero insisten que estas categorías son impuestas *socialmente* como atributos personales a los seres humanos sexuados, a veces con mal ajuste.

A las ecofeministas les interesa principalmente mostrar el resultado estructural que tiene la valoración social asimétrica del género: «masculino-razón-luz-orden-cultura» versus «femenino-emoción-oscuro-caos-naturaleza». Estas imágenes patriarcales del género están inmersas en las instituciones sociales. El análisis de Brinda Rao de la identificación de las mujeres con el agua en la India muestra este proceso y el impacto brutal que puede causar en la vida diaria de las mujeres⁴. Es interesante que James O'Connor haya escrito en el mismo número de *CNS* que los ecosocialistas se encuentran en un dilema frente a las ideologías naturalistas ya que las rechazan y al mismo tiempo piden que la «naturaleza» vuelva a meterse en la economía política. James O'Connor dice, refiriéndose al capitalismo más que al patriarcado, que la «esencia de la ideología es el naturalismo cosificado»⁵. Las ecofeministas también tratan de desconstruir sutilmente la ideología patriarcal de la «Madre Naturaleza» a la vez que tratan de teorizar la inclusión humana en lo que llamamos «naturaleza». Como ha señalado O'Connor, los movimientos deben luchar contra las condiciones hegemónicas pero desde dentro. Esto es como caminar en la cuerda floja, pero no es un trabajo imposible para aquellos que han aprendido a reflexionar.

Las feministas no creen que «la biología sea el destino». Al mismo tiempo piensan que las personas de sexo femenino, y denigradas por esto, pueden decidir reafirmar esta «diferencia» como una manera de fortalecerse: por ejemplo, los rituales basados en la celebración del cuerpo de algunos grupos ecofeministas. Estas prácticas, que

son en sí mismas creativas, ayudan a destruir las ideologías patriarcales de «la feminidad». Es igualmente importante el trabajo de otras ecofeministas que analizan las consecuencias sociales, políticas y económicas del sexo biológico. Esto no significa «esencializar» la feminidad, sino entender las condiciones materiales de la experiencia vivida de las mujeres. Las mujeres que crían niños en las barriadas de las ciudades de Brasil saben bien que éste es un hecho económico. Pero los políticos no pueden despreciar lo «biológico», pues ese desprecio es precisamente lo que lleva al capitalismo patriarcal de Occidente a un callejón sin salida ecológica haciendo necesaria una teoría ecosocialista.

Es una premisa fundamental del ecofeminismo que en las culturas patriarcales los hombres tienen el derecho de explotar la naturaleza del mismo modo que explotan a las mujeres. Sin embargo, muchos hombres ecologistas aceptan esto difícilmente. Pueden aceptar la sustancial contribución de las mujeres a las actividades ecologistas y desean que en la sociedad futura se elimine la opresión de las mujeres, pero no pueden ir tan lejos como para reconocer que hay una teoría distinta e independiente llamada ecofeminismo. Hay quien dice simplemente que el ecofeminismo es parte de la Ecología Social, que cree que la dominación social y la dominación de la naturaleza están interrelacionadas. Mientras que la mayoría de ecofeministas están de acuerdo con esta proposición, llegan a ella desde distintos lugares: desde el anarco-comunismo; desde el feminismo socialista; y desde los conceptos radicales culturalistas de «diferencia». Además la mayoría de mujeres activistas, madres o abuelas, llegan a esta conclusión sin ayuda de ninguna teoría.

La palabra «ecofeminismo» se utilizó por primera vez, que sepamos, en París alrededor de 1974, pero durante la década de los 70 la idea surgió independientemente en varios lugares más —Sicilia, Japón, Venezuela, Australia, Finlandia, Estados Unidos. A las mujeres no les hace falta que les expli-

⁴ Brinda Rao, «Struggling for Production Conditions and Producing Conditions of Emancipation», *CNS* 2, verano, 1989, en cast. en *Ecología Política*, 1, 1990.

⁵ James O'Connor, «Socialism and Ecology», *CNS* 2, verano 1989, p. 5.

quen una filosofía social enlatada para entender que su trabajo y sexualidad son «utilizadas» por los hombres de manera similar a como explotan la naturaleza. La apropiación del trabajo de Rachel Carson por la ecología oficial de hoy es una muestra. La constitución de la EPA (Environmental Protection Agency) fue una respuesta directa a su investigación. Sin embargo, mientras que Pinchot, Muir, Berry y Commoner son conocidos como «padres» del movimiento ecologista, la contribución de Rachel Carson es invariablemente silenciada. La historia del ecologismo de los Estados Unidos de Daniel Faber y James O'Connor lo remedia muy poco⁶, ya que infravalora la fuerza de las mujeres en las campañas ecologistas. Como «trabajadoras» políticas forman parte de la mitad de los miembros activos de la mayoría de las organizaciones, muchas son «amas de casa», incluso madres solteras, ninguna pagada, como Kathy Hall explicaba en CNS⁷. Esta observación también vale en la URSS, si creemos lo que dijo una delegación de periodistas rusos que visitó Chicago en 1989. Pero Faber y O'Connor creen que la espina dorsal del movimiento ecologista es la clase de nuevos «asalariados» en los Estados Unidos y los «científicos» en la URSS. En verdad, los profesionales, normalmente hombres, asumen las posiciones de portavoz, pero esto es juzgar un movimiento político según las apariencias ignorando el movimiento de base. Una cuestión interesante es: ¿por qué las mujeres llegan al ecologismo en este momento histórico?

Al discutir el ecofeminismo, el artículo de Faber y O'Connor toma un rumbo opuesto al de aquellos que quieren hacerlo desaparecer absorbido por la Ecología Social. Su tendencia es incluir el ecofeminismo no en la Ecología Social sino en su rival, la Ecología Profunda. Por eso dicen que las ideologías neo-románticas sobre la naturaleza influyen y se fusionan en las nuevas ideas y

⁶ Daniel Faber y James O'Connor, «The Struggle for Nature», *CNS*, 2, verano, 1989, en cast. en *Ecología Política*, 1, 1990.

⁷ Kathy Hall, «Coming to see the Forest as well as the Trees», *CNS*, 2, verano, 1989.

⁸ Faber y O'Connor, op cit, p. 32.

valores ecofeministas⁸. El nacimiento del ecofeminismo como una fuerza política autónoma se pierde aquí. Y lo que es peor, sólo se hace referencia a una fuente escrita ecofeminista, e incluso así, no es una contribución norteamericana. De hecho, irónicamente, esta fuente es una crítica contra la Ecología Profunda. Un ensayo que junto a otros de tendencia de izquierda ha provocado cerca de 60 páginas de respuestas enfadadas desde el campo de la Ecología Profunda⁹. No, el ecofeminismo no es subsumible en la Ecología Profunda, aunque comparte su proyecto de «deshacer el artificio ideológico que separa la humanidad de la naturaleza», proyecto que el mismo ecosocialismo debe emprender ya que la crisis ecológica nos ha traído la necesidad de entender cuáles son las conexiones entre humanidad y naturaleza. Sin embargo, hay otra curiosidad en la cita de la fuente ecofeminista en el artículo de Faber y O'Connor. Este artículo mío —escrito mientras era editora de una revista socialista— se clasifica como neo-romántico y, por lo tanto, políticamente regresivo. Esto, a pesar de que el artículo extiende la crítica marxista hacia el positivismo y la racionalidad instrumental, al cientificismo tácito y a las tendencias de gestión tecnocrática de algunos textos de la Ecología Profunda. Además en mi artículo hablo de la importancia del trabajo de las mujeres en media docena de lugares. Esto precisamente no es silenciar las actividades económicas de las mujeres.

En respuesta a la crítica de Lori Ann Thrupp en la misma revista, Faber y O'Connor agravan su «breve tratamiento» con la idea de que el ecofeminismo radical es romántico en tres sentidos¹⁰. Primero, creen que es anti-científico y anti-tecnológico. Esto no hace justicia a las sofisticadas críticas epistemológicas presentadas por algunas mujeres. Tampoco reconoce el trabajo pionero de algunas mujeres activistas del Tercer Mundo en el campo de la tecnología apro-

⁹ Ariel Salleh, «Deeper than Deep Ecology: the Eco-Feminist Connection», *Environmental Ethics*, 6, 1984.

¹⁰ Daniel Faber y James O'Connor, «Rejoinders», *CNS*, 3, noviembre 1989, p 177, en cast. en *Ecología Política*, 1, 1990.

piada. En segundo lugar, el ecofeminismo radical es visto por Faber y O'Connor como la superioridad del cuerpo sobre la mente, otra vez el viejo problema del biologicismo. Esperamos que los lectores estén persuadidos de que lo que ahora se está tratando en el ecofeminismo es la desconstrucción de las nociones patriarcales del cuerpo, mientras se exploran concepciones alternativas. Es un proceso dialéctico. Una analogía con el ecosocialismo podría ser que el ecosocialismo a la vez que critica la noción de «escasez» burguesa-liberal, debe inventar nuevas prácticas económicas para la vida sostenible en un mundo de recursos agotables. Pero hay una cuestión más fundamental en la objeción de Faber y O'Connor contra la preocupación ecofeminista por el cuerpo, y es la adopción del dualismo patriarcal que separa «cuerpo» y «mente» como si fueran dos entidades independientes. Entidades valoradas de forma diferente, la mente en la esfera «masculina», con privilegios sobre el cuerpo, inerte, impuro, «femenino». Aquí los autores continúan la tradición judeo-cristiana, baconiana-cartesiana, marxista-sartriana. Cada uno de estos discursos ha sido impulsado por la voluntad «masculina» común de desconectar y trascender nuestra condición material: lo que Marx llamó necesidad. Esta es precisamente la misma epistemología que ha subordinado la ecología a la economía, una hegemonía que el ecosocialismo debe aprender ahora a rechazar. En tercer lugar, Faber y O'Connor relacionan el ecofeminismo radical con el romanticismo porque lo asocian con «teorías orgánicas que enfatizan lazos emocionales con (el cuidado) de la comunidad». Aquí el impulso racionalista de trascender la con-

exión corporal con un lugar y unas relaciones determinadas muestra, otra vez, su faz. Auspicia un modelo de sociedad que abstrae, cuantifica y vuelve mercancía no sólo la experiencia humana sino también la naturaleza. La crítica marxista dice que este impulso racionalista es guiado por la dominación y el control sociales. De cualquier modo, esta base epistemológica descansa sobre un naturalismo cosificado que es pura ideología y es algo que Faber y O'Connor seguramente no querrán apoyar.

Volvamos finalmente a la idea de «cuidar». Aunque muy despreciada, ésta ha sido siempre la clase de servicio/trabajo que se ha requerido de las mujeres en el capitalismo patriarcal. Mientras la sociedad denigra el valor de este trabajo, la reproducción social no se puede dar sin él. Esta es una actividad que debe ser considerada económica desde el punto de vista ecológico (aunque no tenga valoración crematística) y como tal debe interesar a los teóricos del ecosocialismo. En un contexto pos-patriarcal futuro, los hombres también pueden asumir las labores de «cuidadores». A menos, por supuesto, que nuevas fuerzas de producción o tecnologías se encarguen de ello. Mientras tanto, ya que los ecosocialistas buscan una fórmula coherente de la «totalidad concreta», podrían leer un poco más cuidadosamente el trabajo ecofeminista. Muchas mujeres pasaron buena parte de los años 1970 y 1980 intentando que sus hermanos socialistas reformularan las categorías del marxismo teniendo en cuenta el género. El efecto ha sido nulo. Sería una lástima que el diálogo entre el ecofeminismo y el ecosocialismo en la década de los 90 se limite a repetir, simplemente, esta vieja historia.